



VIAJE DE PLACER

SOBRE UN ALBUM DE SELLOS DE CORREO.

(Continuacion.)

II.

Importancia de la filatelia.

—Has sido puntual: bien sabía yo que así sucedería, y bien seguro estaba de que habías de cautivar á tu buen padre.

—Lo que es eso...

—¿No es así?

—Por desgracia: papá no ha querido convencerse, á pesar de que observó atentamente la hermosa colección que Vd. me ha prestado; no ha querido, repito, convencerse de que esos papelitos tengan valor ni importancia.

—Pues le convenceremos: si tú prestas decidida atención á mis palabras, y expones luego al autor de

tus días lo que te cuento, puedes estar seguro que ha de ser nuestra la victoria.

Busca en el album los sellos de España, y verás como ellos marcan, desde el año 1850 hasta el presente, las fases diferentes por que ha pasado el gobierno de nuestra patria amada. ¿No encuentras nuestra España?

—La busco inútilmente, y...

—El album que tienes en tus manos es un ejemplar de la edición hace muy poco publicada por Maens, el conocido filatelista de Bruselas: en él se sigue el orden alfabético, y por lo tanto...

—Aquí está ya.

—Lo celebro. Ves desde luego

los sellos de nuestra antigua reina, y despues de ellos, otros que ya no llevan su efigie; eso te dice que Isabel II dejó de reinar, y que la España no debió tener rey cuando los sellos usados el año 1870 llevan el busto que pretenderepresentar nuestra nacion. Pues continúa: en seguida tienes la emision de 1872, en que notas perfectamente el retrato de Amadeo I: éste fué nuestro rey por poco tiempo, pues...

—Está claro: al momento, si se dobla la hoja, ya están aquí otros sellos que ostentan una señora...

—Es la España: el año 1873 ya no habia rey; la república estaba constituida entre nosotros.

—Pues el 1875 estaba ya Don Alfonso en el trono que hoy ocupa.

—Por eso ves que tras la emision de 1874, viene otra del siguiente año, en que aparece la efigie de nuestro rey.

—Es verdad; los sellos cuentan nuestra historia contemporánea, y si así fuera en todos los paises...

—Ya irás viendo como lo es, y cómo ellos te dicen los reyes que tienen ó tuvieron, ó los grandes hombres que en algunos pudieron hacerse célebres.

Es necesario ir admitiendo que la timbrología es un estudio de importancia: si no lo fuera, no existirian, seguramente, sociedades á él solamente dedicadas.

—¿Sociedades de timbrología?

—En efecto: yo soy socio fundador de la francesa de París, y corresponsal de la *Nacional filatélica* de Nueva-York. ¿Crees tú que si la filatelia no fuese un estudio serio y útil habria hombres verdaderamente ilustrados que á ella dedicaran sus desvelos?

Otro dia yo te mostraré los *Boletines* de esas asociaciones que te he nombrado, y además las obras que constituyen mi biblioteca timbroológica, entre las que notarás mi coleccion de periódicos exclusivamente dedicados á los sellos.

—¿Periódicos tambien?

—Periódicos, y muy notables, amigo mio: entre ellos, ya que conoces la lengua francesa, habrás de deleitarte, segun creo, con el que se titula *Le Timbre Poste*, ó sea en español *El Sello de correo*.

Hay periódicos filatélicos en Francia, Bélgica, Alemania, Inglaterra, Italia, los Estados-Unidos, y...

—¿Y no hay ninguno en España?

—Ninguno: el solo que existió, murió por... falta de suscritores, y no conozco hoy más que una linda Revista filatélica escrita en español.

—¿En español!

—Sí; se publica en Valparaiso, y se titula *Guía del coleccionista de sellos de correo*. América en esto se distingue: sus sellos son curiosísimos, y en la importante ciudad de Nueva-York, citada ya, ve la luz *The Llamjo Lourud*, *El Diario de*

los sellos, cuyo director, José Casey, posee la más admirable colección de sobres timbrados que se conoce.

Todo esto que te digo ha de hacerte comprender que la filatelia, ayer nacida, vale algo: tu buen papá lo habrá al fin de confesar, sin duda, cuando vea cómo, gracias á ella, has de tener muchos conocimientos de que hoy careces.

Mañana te contaré la historia del sello, y despues emprenderemos desde luégo nuestro viaje... de placer;

al fin y al cabo para éste no necesitas hacer preparativos.

Ya verás, ya verás cuán bonita es la historia del sello, y cuán contentos vamos á efectuar nuestra expedición: te veo sonreír, cual si dudarás todavía de esto que te digo: yo no lo extraño; pero tú tampoco habrás de tener dudas sobre ello cuando vayan pasando los días, cuando hoja tras hoja vayamos recorriendo nuestro álbum.

Adios por hoy.

E. THUILLIER.

BELLEZA Y FEALDAD.

La niña modosa
Que trabaja y reza,
Y siempre obediente
Complacer desea;
La que muy temprano,
Sin tener pereza,
Sabe levantarse
Para sus faenas.
La que cariñosa
A sus padres besa,
Y socorre al pobre
Y á todos contenta,
Todo el que la mira,
Todo el que la cerca,
Exclama: ¡qué hermosa,
Qué santa y qué bella!

—
Pero la que es mala,
Y llora y pateá,
Y siempre jugando
El trabajo deja;
La que siempre gruñe,
La que nunca reza,
Y á los pobres mira
Altiya y soberbia,
Y riñe con todos
Y á nadie contenta,

Todo el que la mira,
Todo el que la cerca,
Exclama: ¡qué odiosa,
Qué mala y qué fea!

—
Niñas de mi vida,
Niñas hechiceras,
Que aún os acaricia
La tierna inocencia;
Ángeles del mundo,
Flores de la tierra,
Ante vuestra vista
Se abren las dos sendas.
El mal os halaga,
El bien os espera.
Dejad el primero
Que desdicha encierra,
Y el otro tomando,
Con frente serena
Pedid á la Virgen
Que amante os proteja,
Y el mundo al miraros
Tan dulces, tan buenas,
Dirá: ¡qué inocentes,
Qué santas, qué bellas!

MANUEL GENARO RENTERO.

CONVERSACIONES DE UN PADRE CON SUS HIJOS SOBRE HISTORIA SAGRADA.

CONVERSACION TERCERA.

(Continuacion.)

Vamos á contar hoy lo que le sucedió á Adán y á Eva á los pocos dias de haber estado gozando de las delicias del Paraíso, lugar que Dios les habia destinado para perpetua vivienda si no hubieran quebrantado sus preceptos. Nuestra primera madre, atraída por la deliciosa fragancia que despedían unos ricos frutos que sobresalían más que otros en un extremo del Paraíso, dirigió hácia allí sus pasos, descansando á poco bajo la dulce sombra que proyectaban sobre el césped sus anchas y verdes hojas.

Sentada allí, en aquel lugar encantador, contemplando las mil bellezas que por todas partes herían agradablemente su vista, espaciábase su ánimo y sentía inundado su corazón de una alegría inefable, de un placer secreto y desconocido.

Estaba sola, y he aquí tal vez una de las causas de su desgracia; y en esto, niños míos, me parece oportuno llamaros la atención para deciros cuán imprudente es cualquiera de vosotros al alejarse de la compañía de sus padres ó superiores, deseando andar á su gusto

y libertad y fuera del alcance de su vista, porque en tales casos siempre les sucede alguna cosa mala.— Os decía, pues, que Eva estaba sola, y en medio de su soledad sintió un pequeño ruido entre la enramada; sorprendida miró hácia el punto donde lo habia sentido, y vió una serpiente que, enroscándose por el grueso tronco de un árbol, se acercaba ó venia hácia ella; pero como todos los animales de la tierra le estaban sujetos y obedientes nada temió.

Cuando la serpiente estuvo cerca de ella, comenzó á hablarle de esta manera:

—¿Por qué os mandó Dios que no comieseis de todo árbol del Paraíso?

A esta pregunta, dicha así de pronto, contestó Eva sencillamente:

—Comemos de la fruta del árbol, le dijo, que está en el Paraíso; mas de la fruta de aquél que está en medio del Paraíso, nos mandó Dios que no comiéramos, y que no la tocáramos, no sea que muramos.

Y la serpiente replicó:

—No; de ninguna manera morireis de muerte, porque Dios sabe

que cualquier día que comiérais de él serán abiertos vuestros ojos y se-reis como dioses, sabiendo el bien y el mal.

Alucinada, ó seducida si se quiere, la pobre Eva, cogió del fruto de aquel árbol, comió y fué en seguida en busca de Adán, y dióle también á comer de él.—Fatal ha sido para todos este acto de desobediencia con que inauguraron nuestros padres sus primeros días en el mundo. Porque nada más fué esto que un acto de desobediencia; al colocarlos el Señor en el Paraíso, les habia ordenado que disfrutasen de todo cuanto en él habia ménos del árbol de la ciencia del bien y del mal, con estas expresas palabras: «En cualquier día que comiérais de él morireis de muerte.» Era este un mandato bien claro, en el cual se les señalaba el castigo que habia de seguir á su falta de cumplimiento.

¡Castigo terrible! hijos míos, cuyos efectos sintieron al momento, perdiendo su inocencia, la inmortalidad que les estaba concedida, y todos aquellos placeres inefables que gozarian sin mezcla de penas ni dolores.

Os dije ántes, niños de mi alma, que Eva fué seducida por una serpiente que le habló, y esto os sorprenderia, como es natural, al saber que hay serpientes que hablan, á pesar de que por las fábulas que leéis en la escuela estais ya acostum-

brados á oír que los animales tienen sus cuentos y sus historias; pero todo esto ya conoceis tambien que no es verdad, sino que es una manera inventada para haceros entender ciertas verdades, que de otro modo no comprenderíais ni os quedarían grabadas en la memoria.

La serpiente, pues, que dirigió aquellas palabras á Eva no era como las serpientes que se ven hoy de ordinario; era de otra clase, puesto que dentro de ella moraba uno de los espíritus que ya Dios Nuestro Señor habia castigado y que conocemos con el nombre de *ángeles malos*. De modo que aquella astuta serpiente se presentó delante de nuestra primera madre con todo el brillo, la hermosura y la candidez de que era capaz para seducirla hasta el punto de olvidar las órdenes y mandatos del Señor.

Tal vez fué deslumbrada por su hermosura, por el dulce sonido de su voz y la melodía de sus palabras; pero todo esto debió prevenirla contra aquella aparicion; la extraña figura con que se habia presentado á su vista, su manera de hablar, y por último, los consejos que la daba debieran haberla puesto sobre aviso.

Aquí debo haceros notar una cosa muy importante, y es que no debeis oír nunca á aquellos que sin conoceros apénas se atreven á acercarse á vosotros ofreciéndose acom-

pañaros; ved lo fatal que ha sido para todos la facilidad con que Eva oyó las palabras del ángel malo y cuáles fueron sus consecuencias.

En el mundo encontrareis muchos parecidos á la serpiente, que tratarán de corromper vuestra inocencia llevándoos por extraviadas sendas hasta perderos y olvidar los consejos de los buenos; para evitar esto tened muy presente esta historia que acabais de oír.

El peorenemigo con que tendreis que combatir durante vuestra vida, es el orgullo y la vanidad: Eva, al verse así rodeada al principio de tanto esplendor y dueña de tantas riquezas, se enorgulleció su corazón considerándose reina y señora de todo cuanto le rodeaba, y no pudo contener un secreto impulso de vanidad que le perdió. Así, pues, si

vuestros padres gozan de muchas riquezas y consideracion en la sociedad; si vuestras buenas disposiciones y talento os proporcionan premios y aplausos, no creais que sólo son debidos á vuestros méritos, sino tambien á la voluntad de Dios, quien en un momento puede privaros de todos ellos. Quiero deciros con esto que seais humildes y modestos, é insisto mucho sobre esto y os lo recomiendo, hijos queridos, porque de olvidar estas enseñanzas pueden sobreveniros grandes males, como los que cayeron sobre Adán y Eva y toda su descendencia, y que voy á referiros y pondrán término á la conversacion, que ya encontrareis un poco larga.

(Se continuará.)

RAMON SÉGADE CAMPOAMOR.

PEPITO EL TRAVIESO.

Era un tuno aquel diablo de Pepito.

Revoltoso, embustero, holgazán; no habia defecto que le faltara, ni buena cualidad que le fuera conocida; era de la piel del diablo como vulgarmente se dice: nada dejaba en paz, con todos se metia y á todos injuriaba, siendo la desesperacion de sus padres, el búr de sus hermanitos, el desprecio de sus maes-

tros y el ludibrio de los muchachos compañeros suyos de escuela.

Pero, ¿á qué cansaros más con tratar de explicar lo que era el tal Pepito? Os contaré su historia, y aunque ligeramente relatada, su vida, os bastará, queridos niños, para escarmentar en cabeza ajena y no incurrir en los defectos de aquel muchacho.

Tenía Pepito dos hermanas y un

hermano y él era el mayor de los cuatro: las niñas María y Luisita eran dos mujercitas muy formales, que á los cuatro años ya sabian vestirse de largo, valiéndose para ello del delantal de su mamá, con el cual se hacian un magnífico vestido de cola atándosele á la cintura y dejándole arrastrar por detras; y Juanito, el otro hermano, era un cumplido caballero de cinco años, que montaba admirablemente, haciendo caracolear el palo de escoba que le servia de caballo, y atronando la casa con sus gritos de mando y sus toques de corneta.

Pepito, en cambio, no sabia hacer nada: el palo de escoba le disgustaba soberanamente, aborrecia las estampas, y el peon y la pelota eran sus más crueles enemigos; no servia para nada, absolutamente para nada; es decir, sí, servia para todo lo que fuera hacer diabluras, y nadie como él para poner rabos en los vestidos y tirar huesos á los aguadores: una de sus diversiones favoritas consistia en irse á la iglesia muy armado de agujas é hilos, y coser unos á otros los vestidos de las devotas, ocasionando con estas bromas el alboroto consiguiente.

Otra de las cosas en que más gozaba el bueno de Pepito era en hacer rabiar á sus hermanos, y el dia que destrozaba algun juguete de Juanito era feliz. Pero sobre todo,

lo que más le complacia era hacer rabiar á sus hermanitas.

Una mañana, en que éstas habian salido á un recado con su mamá, ocurriósele á nuestro héroe jugarlas una mala partida, y al efecto entró en el cuarto de las niñas y empezó á revolver entre los juguetes con ánimo de no dejar títere con cabeza; consecuente con su propósito, empezó á romper cacharros á diestro y siniestro, y á los pocos instantes de haber entrado en aquella habitacion, sólo se veian en ella los restos de la cómoda de María, confundidos con los fragmentos de la tetera de Luisita: no contento con esta fechoría, y resuelto á llevar adelante sus instintos de devastacion, apoderóse de la muñeca de las niñas y comenzó á darla golpes, precisamente en el instante en que volviendo éstas de su paseo entraban en la alcoba.

Pepito, al verse cogido infraganti, agarró de la cabeza á la inocente muñeca, y tirando de ella con todas sus fuerzas decapitóla en un instante, arrojándola al suelo en seguida y saliendo á todo correr del lugar de la catástrofe.

Excusado es decir la pena que las niñas experimentarían al ver descabezada totalmente la querida muñeca: María, con ella en las manos, apenas se atrevia á creer en la realidad de lo que veia, mientras que la pobre Luisita derramaba lá-

grimas como puños, mirando en el suelo la cabecita; pero esto no era nada con lo que todavía les esperaba, y cuando al pasear por la alcoba su triste mirada vieron esparcidos por el suelo los restos de todos sus juguetes, llegó á tal punto el llorar de las niñas que bien pronto hubieron sus padres de apercibirse de lo ocurrido.

Aquella noche llevó Pepito la mejor y más grande de las palizas

que registraba su historia, y después de tener el cuerpo bien calenté le hicieron sus padres acostarse sin cenar, no sin decirle ántes que en castigo á sus travesuras no probaría más que pan y agua durante quince días.

Tal vez al leer esto os preguntareis: ¿y qué móvil impulsó á Pepito á cometer tal desaguisado? Uno muy sencillo, la envidia; al ver que sus hermanas, á causa de su mucho



juicio, eran cariñosamente atendidas en todo por su papás, en tanto que él, á consecuencia de su mala conducta, era á todas horas despreciado por los que le dieron el sér, imaginó vengarse de sus hermanas hiriéndolas en lo más querido, en sus juguetes, y especialmente en la muñeca, en aquella hermosa muñeca que habia sido comprada ocho días ántes y hacia las delicias de las niñas.

He aquí, queridos niños míos, el por qué de la diablura de Pepito; pero no era esta la última, desgraciadamente: el niño tenía el demonio en el cuerpo (según la frase vulgar), y no bien habia concluido una travesura, cuando ya estaba ideando otra nueva.

(Se continuará.)

CÁRLOS AGUIRRE.



EL PRÍNCIPE AMADO.

CUENTO.

ADVERTENCIA.

Declaro que este cuento está escrito para las señoritas mayores de siete años, y para los caballeros que han cumplido ocho. Los *bebés*, que todavía no alcanzaron la edad de saber la doctrina y de estarse quietecitos en visita, se divertirán más con otras historietas, particularmente si versan sobre aventuras ocurridas á caballos, borricos, grandes perros de Terranova, pajaritos color de cielo y otros amigos íntimos que la naturaleza brinda á la infancia.

I.

El rey Bonoso y la reina Serafina gobernaban pacíficamente hacia veinte años largos de talle uno de los reinos más fértiles y ricos del continente Océánido, que se llama-

ba el reino de Colmania. No aconsejo á los lectores si estudian geografía que se molesten en buscar en mapa ni en atlas alguno este reino y esté continente, porque hace tantos siglos que ocurrió lo que voy contando que, ó mudarían de nombre aquellas regiones, ó se las tragaria el mar, como aseguran que sucedió con otra muy grande que nombran Atlántida.

Pues como digo, los vasallos del rey Bonoso eran muchos y vivían felices, porque el rey y la reina tenían el genio más dulce y la pasta mejor del mundo, y ni los agobia-

ban á contribuciones, ni perdonaban medio de prodigarles beneficios. Colmania gozaba de un clima igual y templado, y era abundante en trigo, en vino, en toda clase de productos agrícolas; con lo cual los colmanienses no tenían que temer la miseria, y andaban alegres como unas páscuas por aquellas ciudades y aquellos campos, cantando cada villancico y cada seguidilla, que parecían alondras ó jilgueros.

Pero como no hay felicidad perfecta en este pícaro mundo, el rey Bonoso y la reina Serafina estaban de cuando en cuando tristes y de mal humor, y entónces el reino se ponía también compungido, para acompañar en su disgusto á los buenos reyes. El motivo de la pena de éstos era que no les había concedido Dios hijo alguno, y cada vez que la reina Serafina pasaba por delante de una cabaña y veía á la puerta jugar muchos niños descalzos, risueños y frescos, se le soltaban de envidia unos lagrimones como puños. No es posible contar las ofertas y rogativas que hizo la pobre reina para que el cielo le enviase una criatura que alegrara el palacio y fuese heredero del trono de Colmania; pero ya hacía veinte años que la reina pedía y la criatura no acababa de llegar. Los súbditos también deseaban mucho que viniese el heredero, porque temían que si los reyes Bonoso y Serafina mo-

rian sin tener hijos, el rey de un país vecino, que se llamaba el país de Malaterra, se empeñase en conquistar á Colmania, lo que haría, sin duda alguna, porque era un rey muy emprendedor y ambicioso, y muy aficionado á dar batallas. Así es que los habitantes de Colmania se morían porque á la reina Serafina le naciese un príncipe, y como á este príncipe le querían tanto aún ántes de que existiese, hablaban de él cual de una persona real y efectiva, y le pusieron el nombre de *Príncipe Amado*.

Un día, estando la reina Serafina solazándose en sus jardines y echando pan á los pececillos colorados que nadaban en el tazón de mármol de una fuente, sintió mucho sueño y pesadez en los párpados, y sin poder resistir al deseo de descabezar la siesta, se reclinó en un banco de césped cubierto con un toldo de jazmines, y se quedó dormida en un abrir y cerrar de ojos. Cuando estaba en lo mejor del sueño, sintió que la tocaban en un hombro, alzó la vista y vió ante sí una dama muy linda, vestida con un traje de color extraño, que no era blanco ni azul, sino una mezcla de las dos cosas, algo parecida al matiz especial que tiene la luz de la luna. En la mano derecha llevaba una varita de plata, y la reina, que no era lerda, conoció por la varita que era una hada ó maga benéfica aquella señora. La

cual, con una vocecita de miel, dijo inmediatamente:

—Yo soy el hada del Deseo cumplido, y vengo á causarte gran alegría. Yo bajo rara vez de las cimas de mis hermosas montañas para visitar á los mortales; pero cuando éstos me envían allá tantos y tantos deseos juntos, no puedo resistir, y los cumplo casi siempre. Los deseos de tus vasallos, de tu esposo y tuyos me están molestando continuamente: voy á ver si cumpliéndolos me dejáis en paz.

Y como la reina escuchase con la boca abierta, el hada extendió la varita, y añadió:

—Tendrás un hijo.

Y se fué tan ligera, que la reina no pudo comprender por dónde. Excusado es decir lo contenta que quedó la reina Serafina con la promesa del hada, y mucho más cuando vió que salía cierta, y que le nacía un hijo varón, robusto como un pino y hermoso como el sol mismo. Las fiestas y regocijos que por tal acontecimiento celebró el reino de Colmania no pueden escribirse en veinte volúmenes. Baste decir que en las plazas públicas de las ciudades se pusieron unas fuentes de cinco caños de oro purísimo, y por un caño manaba vino generoso, por otro leche azucarada, por otro rubia miel, por los dos restantes agua de olor y licor de guindas. De estas fuentes podía beber todo el mundo,

y llenar jarros y barriles para llevarse los á su casa. Pero la diversión que más gustó á los colmanienes, fueron unas luminarias monstruosas que se colocaron con gran dispendio en la cumbre de los altos montes, y que trazaban en letras de fuego los nombres de Bonoso y Serafina. Hasta en la superficie del mar se pusieron tales luminarias, valiéndose para ello de muchos barcos, que cada uno iba envuelto en un globo de luz de distinto color, y que se situaron de manera que dibujasen sobre las aguas tranquilas una gigantesca B y una S enorme. Pero ¿quién me mete á mí en narrar tales fiestas? No acabaría el año que viene. Dejémoslas, y vamos á la alcoba de la reina Serafina, en donde se halla la cuna de marfil, incrustada en esmeraldas, del pequeño Amado (porque por unanimidad se dió al recién nacido este nombre). En aquel instante acababan de salir de la alcoba todos los ministros, títulos, generales, altos funcionarios y notabilidades de Colmania, que habían venido á cumplir la etiqueta besando respetuosamente la manecita que Amado, dormido como un santo, dejaba asomar por entre los ricos encajes de la sábana. Cuando desapareció en el umbral de la puerta el último faldon de frac bordado, el último uniforme, el rey Bonoso y la reina Serafina se dieron un abrazo, para desahogar el júbilo que

no les había en el pellejo. Estaban así abrazados y llorando como unos bobos, cuando hé aquí que de pronto se les presenta el hada del Deseo cumplido. Venia más guapa que nunca; su traje brillaba como la luna misma, y el pelo suelto y negroísimo flotaba por sus hombros y caía hasta sus piés; en la cabeza lucía una corona de estrellitas que no se estaban quietas, sino que temblaban, temblaban como tiemblan de noche las estrellas en el cielo. El rey Bonoso iba á hincarse de rodillas ante el hada, pues no ignoraba que le debía su dicha; pero el hada, extendiendo la varita sobre la cuna, le dijo:

—Rey de Colmania; por aumento de bienes voy á dar á tu hijo hermosura, inteligencia y buen carácter; ahora á tí te toca educarle de manera que sea feliz.

Y el hada, bajándose, besó tres veces suavemente al príncipe en los ojos, en la frente y en el corazón. No se despertó el niño, y el hada desapareció otra vez de la vista del rey y de la reina.

Quedáronse los reyes medio atormentados, gozosos con los dones que el hada otorgara al niño; pero cavilando en aquello de educarle de manera que fuese feliz. El hada lo había dicho con un tono solemne que daba en qué pensar, y los reyes, que un momento ántes no se acordaban sino de mirar á Amadito y

comérsele á besos, ahora se quebraban la cabeza discurriendo métodos de educacion.

El rey Bonoso, que no tenía la vanidad de creerse más ilustrado que todo el reino junto, abrió inmediatamente un concurso, ofreciendo premios á los autores que más á fondo tratasen y mejor resolviesen la cuestion de cómo se debe educar á un niño para que sea feliz. Emborronáronse con tal motivo más de 8.000 resmas de papel, y se imprimieron arriba de 24.800 Memorias, llenas de preceptos higiénicos y de sistemas muy eruditos, muy elegantes, pero que no sacaron de dudas al rey. Este convocó entonces á todos los sabios de Colmania, y los reunió en su palacio, á fin de que discutiesen y ventilasen el punto, prometiéndose atenerse á las decisiones de tan docta asamblea. Allí se juntaron sabios de todos colores y clases, unos súcios, vestidos de andrajos y con luengas barbas; otros afeitados, peinaditos y con quevedos de oro; unos viejos, amarillos, sin dientes, que todo lo hallaban difícil y malo; otros jóvenes petulantés, que para todo encontraban salida y respuesta. Abierto el debate sobre la educacion del príncipe Amado, se emitieron los pareceres más diferentes: unos opinaban que para hacerlo feliz convenia enseñar al príncipe á mandar desde la niñez, con lo cual no le pesaría más

tarde la corona en las sienes; otros que era preciso adiestrarle en las armas, para que adquiriese renombre de invencible, y hasta hubo un sabio que propuso que para la dicha del príncipe lo mejor era estrellarle la cabeza contra un muro, pues no teniendo pecados se iría de patitas á la gloria; por cuyo dictámen la reina Serafina mandó que sus criados arrojasen al sabio por las escaleras á empellones. En suma, el rey no sacaba más en limpio del congreso de sabios que de las Memorias del concurso, y entónces resolvió tentar el extremo opuesto, es decir, llamar á una porcion de mujeres sencillas del pueblo y consultarlas acerca del caso. Esta vez no hubo discordia: todas las mujeres opinaron que la felicidad consistía en poseer cuanto

se deseaba, sin restriccion de ninguna especie, y que por consiguiente el modo de hacer dichoso al principito era cumplirle todos, todos los gustos, y bailarle el agua delante. El consejo satisfizo por completo al rey Bonoso, que estaba muerto por mimar á su hijo; á la reina, que ya lo mimaba desde que nació; á las damas, pajes y servicio de palacio, que andaban bobos con las gracias del chiquitin, y á todos los colmanienses, que idolatraban en su príncipe Amado. Arreglada así la cosa, nadie volvió á acordarse de la advertencia del hada, y todo el mundo se entregó al placer de adivinarle los antojos al recién nacido, que pocos tenía aún.

(Se continuará.)

EMILIA PARDO BAZAN.

LA ROSA Y LA VIOLETA.

FÁBULA.

Oculto entre verdes hojas
Una violeta vivía,
Y sin dichas ni alegría,
Sin pesares ni congojas
Su existencia trascurría,
Tan modesta como hermosa,
Aunque á su lado una rosa
Soberbia se columpiaba
Sobre su tallo, no estaba
De aquella flor envidiosa.

Cuando, en sus conversaciones
Sus íntimas sensaciones
Las dos flores se contaban,
Y ambas, llenas de ilusiones,

De sus deseos hablaban,
Siempre la rosa coqueta
Se expresaba altivamente
De una manera indiscreta,
Y la sencilla violeta
Suspiraba débilmente.

—Gústame lo que más brilla, —
Decía á la florecilla,
La rosa orgullosa y vana. —
No quiero como tú, hermana,
Una existencia... sencilla.
Ambiciono la fortuna,
Y no encuentro dicha alguna
En esa vida á que aspiras;

No soy cual tú, que suspiras
A los rayos de la luna.

Y mientras que tus olores
Malgastas aquí escondida,
Yo, ostentando mis colores,
Pasaré una alegre vida
Entre riquezas y honores;
Tú aquí oculta vivirás,
Y yo en cambio brillaré,
Y mientras tú llorarás,
De la vida gozaré

Hasta que no pueda más.

Así la rosa exclamó:
La violeta se calló,
Y sus hojas abrochando,
Aquella noche pasó
Llena de dolor llorando.
Una tarde el jardinero,
Al ver tan fresca y hermosa
Aquella flor orgullosa,
Acercóse, y placentero
Cortó del tallo la rosa.

—Adios, violeta hermana,
Que vivas feliz así,—

Exclamó la rosa vana.

—Adios,—contestó,—mañana

Tal vez te acuerdes de mí.

De la rosa la ambicion
Pronto se vió realizada,

Vióse do quier celebrada,
Y excitó la admiracion
Por su belleza extremada.

Mas toda aquella alegría
Que la rosa disfrutó
Terminó al siguiente dia,
Y por su ambicion lloró,
Pues por brillar, se moria.
La violeta, entre tanto,
En las hojas escondida
Era del jardin encanto,
Y vió trascurrir su vida
Sin verter acerbo llanto.

Sencilla, sin experiencia,
Fué su vida la inocencia
Y largo tiempo vivió;
Y al cielo, al morir, subió
Entre las nubes su esencia.

—
*Símbolo del orgullo fué la rosa;
Humildad la violeta representa,
Y existencia gozó larga y dichosa
Exenta de dolor, de pena exenta.*

*La rosa en tanto, que en brillar gozaba,
Sufrió en su corta vida mil dolores;
Libre vivió la una, la otra esclava.
¿Cuál la más sabia fué de las dos flores?*

VENTURA MAYORGA.

EL COCO.

(Conclusion.)

Pasaron años y los niños se transformaron en hombres.

En aquellos tiempos llamados de hierro porque eran los del imperio de las armas, las revueltas y disturbios políticos eran muy frecuentes. El padre de nuestros dos hermanos se vió en la necesidad de aceptar la guerra que le fué declarada por el rey D. Juan I de Cas-

tilla. Las tropas mandadas por Jimeno arremetían á sus enemigos con denuedo, estimulados por su Príncipe, que les ganaba mucho territorio y más de un riquísimo botín de guerra; pero Fernando, por el contrario, en cada batalla que dirigía hallaba un descalabro; y tales fueron las derrotas que sufrió en sus contadas correrías á

causa de su pusilanimidad y cobardía, que desprestigiado á los ojos de sus soldados, tuvo que retirarse á su castillo al lado de su ya anciano padre, ni más ni ménos que hubiera hecho una asustadiza dama. Hala-gado Jimeno con sus victorias, internóse más de treinta leguas en tierra de sus enemigos, cuya circunstancia aprovecharon éstos, que conocedores de la cobardía del príncipe y de la ancianidad del Rey sitiaron su castillo.

Temeroso Fernando de perecer víctima del hambre, pues no podía ser auxiliado por su hermano, capituló con sus contrarios, y bien pronto vió perecer á sus ancianos padres á manos de los sitiadores, y desplomarse su castillo devorado por el más horroroso incendio, por haber buscado la salvacion en la fuga más vergonzosa.

Pero no tardó en seguir á sus padres al sepulcro, pues víctima de sus remordimientos y de su bochorno, murió abandonado de todos y sin volver á ver á su hermano Jimeno, el cual llegó á ser Rey de dos coronas.

Esta es la historia del *coco*, mis pequeños lectores.

No culpeis á Fernando de sus debilidades, ántes bien compadeceidle y depositad toda vuestra ira en los seres que engendraron en él el apocamiento y la cobardía.

Jamás creais, mis pequeños é inocentes lectores, en la existencia de los *trascos*, de los *duendes* y *brujas*, pues eso sí que no es otra cosa que verdaderas *brujerías*; no deis pábulo con vuestro temor á que se os amedrente con el *coco*, ni hagais caso de esa sombra que suele materializarse sobre vuestro delicado cuerpecito, y á la que dan el nombre de la *mano negra*. Creedme, hermosos niños, el *coco* no existe ni ha existido nunca; el *coco* no suele ser otro que algun criado vuestro arrebuja lo en una colcha; y la *mano negra*, la mano de aquellos que pretenden encaminaros por la senda de la virtud á fuerza de golpes; pero que no tienen la franqueza de pegar cara á cara á un pobrecito niño.

El verdadero *coco* es el que os le hace conocer; la verdadera *mano negra* la que se atreve á profanar vuestra tierna y sonrosada mejilla.

Si no quereis veros en el caso de que vuestros papás recurran á tan inícuos medios para castigaros, sed virtuosos, obedientes y aplicados.

Creedme, hermosos niños, y decidse lo á vuestros papás; lo que no logre la reflexion cuando podais reflexionar, no lo harán jamás ni los crueles golpes de la *mano negra*, ni el terror al pretendido *coco*.

JAVIER SORAVILLA.



El Maestro encargado de esta escuela ha tenido que abandonarla por algunos instantes, y los niños que la componen han decidido aprovecharse de la ausencia de su profesor, organizando unos exámenes.

Antoñito, que es el más listo de la clase, ha designado el tribunal, nombrandose á sí mismo y por unanimidad presidente de él, y una vez compuesto el jurado han procedido á los exámenes.

—¿Cuáles son los límites de España?—pregunta Antoñito á uno de los niños.

—El mar Negro por el *Sur*, las islas Chinchas por el *Norte*, las Batuecas por el *Este*, y Ciempozuelos por el *Otro*.

—¿Quién sucedió á los hunos en la Península?

—Los otros.

—¿Qué hechos más notables registra la vida de los reyes Católicos?

—La guerra de la Independencia y el terremoto de la Martinica.

Lo peor del caso es que el Profesor ha escuchado sin ser visto los exámenes de sus discípulos, y asombrado de verles tan instruidos repartirá entre todos ellos una abundante ración de palmetazos.

COTOLAY

LEYENDA PIADOSA

por

RAMON SEGADÉ CAMPOAMOR.

Conocido es de nuestros lectores y justamente apreciado el nombre del autor de esta leyenda: sólo debemos, por lo tanto, añadir que la prensa periódica la ha consagrado grandes elogios.

Se vende á 2 reales en la librería de Sanchiz, Matute, 2.

LA NIÑEZ.

PRECIOS DE SUSCRICION: 12 rs. trimestre, 22 semestre y 40 un año en Madrid; 16 y 50 respectivamente en provincias.

PUNTOS DE SUSCRICION.—En Madrid: Administracion, plaza de Matute, 2.—En Barcelona: librería de Bastinos, Boquería, 47.